

Reseñas de libros

HOW MUCH IS ENOUGH? MONEY AND THE GOOD LIFE.

Robert Skidelsky y Edward Skidelsky.
Other Press, New York, 2012, 256 pp.

Este libro escrito en conjunto por el historiador económico Robert Skidelsky y su hijo Edward, profesor de Filosofía en la Universidad de Exeter, aborda de modo profundo y con un estilo sumamente atractivo, algunos de los problemas éticos más dramáticos y esenciales de la economía actual. En evidente continuidad con *Keynes: el regreso del maestro* una obra escrita por Skidelsky padre en 2009, en la que utiliza parte del material de su reconocida biografía del gran economista inglés editada originalmente en tres volúmenes para interpretar la crisis financiera global, en este nuevo trabajo ambos autores se proponen ir más allá de la circunstancia particular de la crisis para realizar un diagnóstico y una propuesta más amplia y de largo plazo.

La figura inspiradora del libro es también, como en la anterior obra señalada, el mismo Keynes, aunque, extrañamente, no a partir de sus aciertos sino de un curioso error de pronóstico que el célebre economista del grupo de Bloomsbury dejara por escrito en su célebre ensayo sobre “Las posibilidades económicas de nuestros nietos” presentado por primera vez ante los estudiantes de Cambridge en 1928. En efecto, según nos relatan los Skidelsky, allí Keynes pronosticaba, “basado en las tasas históricas de acumulación

de capital y progreso técnico” y “presuponiendo que no se dieran guerras importantes o un aumento demasiado grande de la población” que “el problema económico podría ser resuelto o podría estar cerca de su resolución en el término de cien años.” (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 16). En otras palabras, esto significaría que, según Keynes, en 2028 la humanidad se hallaría, por primera vez en su historia, en condiciones de entrar en una era de abundancia y ocio posibilitada, por un lado, por el crecimiento exponencial de la producción y de la productividad y, por el otro, por un descenso notable en la cantidad de horas de trabajo necesarias para lograr la satisfacción de las necesidades de toda la población al menos en los países occidentales. “Simplificando un poco –escriben los autores– Keynes pensaba que más o menos en nuestra época en Occidente estaríamos al borde de tener ‘lo suficiente’ para satisfacer todas nuestras necesidades sin tener que trabajar más de tres horas por día.” (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 18).

Evidentemente, argumentan los autores, la mencionada predicción de Keynes no se ha cumplido o al menos, no en su parte esencial. Ciertamente, Keynes estuvo bastante acertado al predecir un notable aumento de la producción –aunque los autores notan que incluso en este aspecto subestimó el crecimiento de la productividad debido a las innovaciones tecnológicas– pero se equivocó claramente en su pronóstico de que las horas de trabajo seguirían cayendo entre 1930 y 2030 al mismo ritmo en que lo habían hecho entre 1870 y 1930. De hecho, de acuerdo a las predicciones de Keynes deberíamos estar

en la actualidad llegando a las 15 horas de trabajo semanales y no en las 40 horas que indican las mediciones. Por lo demás, los autores toman nota de las posibles objeciones que podrían hacerse sobre la precisión de estas mediciones basadas en argumentos como la existencia de muchas menos horas de trabajo en distintos países o dentro de un mismo país debido a diferencias culturales o sociales, la existencia de una mayor caída de horas de trabajo cuando se toma la medida del año y no la semanal que incluye las vacaciones y, finalmente, el hecho de que estas mediciones no suelen tomar en cuenta el largo tiempo actualmente dedicado a la educación o a la jubilación. No obstante, de acuerdo a los autores, un análisis más detenido de estas “disminuciones” en las horas de trabajo muestra que están en general rodeadas por distintas “compensaciones.” En efecto, la disminución de las horas de trabajo parece darse especialmente en los sectores pobres afectados por el desempleo en tanto en los sectores ricos, supuestamente satisfechos, se da una fuerte tendencia al aumento en la cantidad de tiempo dedicado al trabajo, lo cual mostraría una tendencia general al aumento. Por otro lado, según los Skidelsky, la caída de horas debido a las vacaciones se ve fuertemente compensada por efecto del aumento de horas de trabajo dedicadas al hogar, a pesar de lo que generalmente se cree, a lo que se agrega el enorme aumento de horas de trabajo que ha representado la inserción masiva de la mujer en el mercado laboral fuera de su casa. Finalmente, el tiempo empleado en educación no debería ser contabilizado, en opinión de los autores, como horas de ocio, sino de trabajo, dado el carácter claramente orientado a lo laboral de la educación actual. En cuanto a los años de retiro, éstos no representan para la sociedad, según los Skidelsky, un auténtico tiempo de ocio debido a la precariedad en la calidad de vida y al costo creciente que representan esos últimos años. (Skidelsky & Skidelsky: 2012, 22-25).

Ahora bien, se preguntan los autores, ¿por qué la profecía del ocio hecha por Keynes falló? Los Skidelsky descartan o por lo menos consideran secundarios dos argumentos que suelen esgrimirse. El primero, sostenido por quienes los autores llaman “los

apóstoles del trabajo gozoso,” se basa en la idea de que el ser humano no sabría qué hacer con su tiempo libre por lo que en general encuentra más satisfacción trabajando que estando en su casa. Además, debido al avance de la economía de los servicios y del conocimiento existirían hoy muchos más trabajos interesantes y creativos que antes. Sin embargo, para los Skidelsky “si bien sería estúpido negar que el trabajo pago siempre ha tenido elementos de motivación intrínseca” y que “la gente puede llegar a trabajar para buscar compañía o para escapar de los problemas, el aburrimiento o la vida familiar,” la cuestión es “si el elemento ‘gozoso’ en el trabajo ha estado aumentando a lo largo del tiempo.” Los autores son escépticos al respecto. Si bien, en su opinión, algunos trabajos se han vuelto más interesantes, en general la tendencia al trabajo mecánico ha continuado bajo nuevas formas de “taylorismo digital”, tal como puede verse en los *call centers* o los supermercados y también en trabajos con elevadas remuneraciones como las finanzas. Por lo demás, casi todas las encuestas indican que en los países desarrollados la gente querría trabajar menos y no más. (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 29).

Un segundo argumento, sostenido por los marxistas, es el de la presión laboral. Los autores coinciden en la idea de que las horas de trabajo han detenido su caída en buena medida debido a que los ingresos medios no han mantenido el ritmo de los ingresos promedio. En cambio, no están de acuerdo con la tesis marxista de que el consumismo que lleva a las personas a necesitar trabajar más se deba simplemente a las presiones del aparato productivo. De hecho, para los Skidelsky, “las explicaciones estructurales de la falta de una caída en las horas de trabajo deben ser suplementadas con la exploración de la naturaleza intrínseca de los deseos y satisfacciones humanas.” (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 33). De este modo, los autores entran así en el corazón antropológico y ético de su libro.

En efecto, a lo largo del libro, los Skidelsky desarrollan bajo distintos puntos de vista la tesis de que el núcleo del problema de la economía contemporánea radica en el fenómeno antropológico-ético de la “insa-

ciabilidad.” Precisamente, en su opinión, el error en la predicción de Keynes se debió a haber considerado que los deseos materiales podrían ser finalmente saciados una vez que se alcanzara un nivel razonable de producción de riqueza, lo cual llevaría a su vez a una disminución del trabajo. Por el contrario, la historia ha demostrado que aún en medio de la mayor riqueza jamás producida, los ciudadanos contemporáneos no son ya capaces de decir “es suficiente.” Pero la pregunta que sigue es: “¿por qué la gente que ‘tiene todo’ siempre quiere tener más?” (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 34).

Los autores critican las tesis del desasosiego (Scitovsky), la competencia posicional (Fred Hirsch) y la maximización de utilidad (Gary Becker) como posturas “individualistas” que no dan real cuenta del fenómeno de la insaciabilidad y se pronuncian a favor de la idea de su “carácter social” (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 37). En efecto, en su opinión, “la principal explicación sociológica de la insaciabilidad radica en el carácter relativo de los deseos. En ningún nivel de riqueza material estaré satisfecho con lo que tengo porque alguien siempre tendrá más de lo que yo tengo.” (2012: 37) En tal sentido, la insaciabilidad es, según los autores, un producto del “consumo relacional,” basado fundamentalmente en el *status* y potenciado por efecto de la excesiva competencia y monetización de la economía capitalista.

Pero este fenómeno es en realidad también el resultado de un fenómeno más amplio de nuestra sociedad que los Skidelsky denominan, sin medias tintas, como un “pacto con el diablo” (cap. 2) por el cual se justifica el uso de cualquier medio para lograr el crecimiento constante y sin límites de la economía. Basados en Goethe y Hegel y en una idea deformada de la teodicea cristiana, los economistas Mandeville y Smith habrían instalado en nuestra cultura la perniciosa idea de que es necesario fomentar la avaricia y el egoísmo para hacer progresar la economía, siendo posible al mismo tiempo mantener bajo control estos vicios potencialmente destructivos. Más aún, incluso Keynes mismo habría aceptado dicho pacto sosteniendo que “por lo menos por otros cien años debemos fingir que lo que está bien es malo y lo que

está mal es bueno, porque lo que está mal es útil y lo que está bien no lo es.” (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 43) Sin embargo, para los autores, la evolución actual del capitalismo está demostrando los desastrosos resultados de dicho pacto.

Como respuesta a estas ideas, los autores abogan en el capítulo 3 por un retorno a la tradición pre-moderna en economía, previa al pacto de Fausto, que enseñaba la necesidad de poner límites claros al uso de la riqueza. Basados fundamentalmente en Aristóteles y también en las tradiciones de la Europa cristiana, India y China, los Skidelsky lamentan la extinción en nuestra cultura de la idea de “vida buena.” En su opinión, esta extinción es el resultado de una concepción “neutral” de la vida social, por la cual no es posible pronunciarse sobre los valores morales en el ámbito económico. Tanto la teoría económica neoclásica como la teoría política post-rawlsiana, predominantes en las últimas décadas, habrían sido las receptoras y difusoras de una reducción empirista (Locke) del concepto aristotélico de vida buena al concepto de preferencias subjetivas, de la desaparición de la distinción entre necesidades y deseos, de la equiparación del concepto de valor de uso al de valor de cambio y de la eliminación del concepto de “saciedad” o “contento” (“enoughness”) del vocabulario de la vida económica. (Skidelsky & Skidelsky, 2012: 90).

Según los autores, existen hoy en día dos propuestas alternativas fundamentales que intentan refutar la idea neutralista hoy predominante por la cual el único fin de la política económica debería ser el de mejorar los índices económicos convencionales y lograr un crecimiento siempre mayor de la riqueza, dejando librado a las preferencias subjetivas de cada individuo el problema del modo de uso de la riqueza generada. La primera propuesta está basada en lo que los autores llaman “el espejismo de la felicidad” (cap. 4). Teniendo como antecedente la crítica de Rousseau a la economía política, muchos “economistas de la felicidad” (*happiness economists*) –tales como Richard Easterlin, Richard Layard o Daniel Kahneman– pretenden actualmente rebatir la idea neutralista de la economía, utilizando nuevas herramientas

estadísticas e índices con el fin de añadir a los índices convencionales el de la “medición de la felicidad.” Así sería posible, ya sea por vía del mercado, el Estado o por ambos en conjunto, orientar la economía para lograr no ya la mayor riqueza o el mayor consumo, sino la mayor felicidad posible de la población, evitando de paso un derroche innecesario de energías productivas. A pesar de que los autores son partidarios de una reorientación de la economía en un sentido no muy diverso, el error de estos nuevos economistas estaría, en su opinión, en el hecho de que en su intento de reemplazar el concepto neoclásico de utilidad o de preferencias subjetivas por el de felicidad, entienden sin embargo a ésta última con las mismas categorías con que habitualmente se explican las primeras. La esencia del error de esta nueva tendencia radicaría en la confusión entre el concepto puramente subjetivo de placer y la idea de felicidad que, según los autores, sólo puede ser correctamente entendida reconociendo su fundamento objetivo. En efecto, escriben los Skidelsky, “la felicidad no es un mero sentimiento interno sino una postura, una actitud frente a la realidad” (2012: 117). A diferencia del placer que puede ser meramente subjetivo o basado en ilusiones o fantasías, “la felicidad tiene objetos, es felicidad *por algo*” (2012: 119). En tal sentido “una vida feliz (...) no es un mero haz de estados mentales agradables sino aquella que encarna ciertos bienes humanos básicos” (2012: 120), los cuales implican, según los Skidelsky, no sólo la medición (relativa) de los estados psicológicos, sino sobre todo un juicio ético sobre el valor objetivo y moral de dichos bienes, algo de lo cual están muy lejos, a su criterio, los economistas de la felicidad.

Una segunda propuesta alternativa al *mainstream* neutralista actualmente dominante es expuesta y analizada por los autores en el capítulo 5. Con antecedentes en Malthus y renovada en el siglo XX por el libro *Límites al crecimiento* de 1972, esta segunda propuesta se basa en la idea de que estaríamos llegando al límite en la explotación de la naturaleza que se estaría manifestando especialmente por los nuevos fenómenos de desorden medioambiental, en especial, por el del llamado calentamiento global. Si bien los Ski-

delsky coinciden en la idea de que el respeto por la naturaleza debería ser sin dudas un valor fundamental que oriente a la economía, consideran que las formas que está adquiriendo actualmente tienen serios problemas para ser sostenidas. Los autores critican, por un lado, el intento de fundamentación científica de los argumentos ambientalistas, considerando que aquellos que sostienen “la idea de un catastrófico ‘punto de no retorno’ es rechazada por los más serios científicos por carecer de suficiente fundamentación empírica” (2012: 129). Por otra parte, también creen que la mayoría de dichos argumentos tienden a ser de carácter puramente utilitarista, con lo cual se vuelven en contra de sus intenciones originales. De este modo, los autores se pronuncian a favor de una fundamentación ética del ambientalismo que deje de lado los excesos románticos de concepciones ecologistas extremas –como la *deep ecology* para la cual la naturaleza debe ser tratada como un fin en sí misma sin ninguna relación con el hombre– y que recupere el concepto a la vez intrínseco y antropocéntrico del valor ético de la naturaleza (*good-life environmentalism*).

En el capítulo 6 los autores presentan los elementos centrales que, en su opinión, deberían estar presentes en toda economía para lograr el fin de la “vida buena”, es decir, la felicidad entendida en sentido aristotélico no como mero haz inestable de preferencias subjetivas sino como conjunto más o menos estable de condiciones objetivas. Sin embargo, adelantándose a las obvias objeciones en torno a la posibilidad de determinar tales condiciones objetivas en una sociedad pluralista –presentes en su opinión en autores como John Rawls, Amartya Sen y Martha Nussbaum– los autores sostienen que tales objeciones se basan en los falsos supuestos de que todos los valores son de igual jerarquía y de que cualquier intento de jerarquización lleva siempre a una discusión interminable debido a la enorme variedad de valores existente en las distintas culturas y concepciones de la vida. Como respuesta, los Skidelsky argumentan que la variedad y relatividad de los valores fundamentales no es tan grande como habitualmente se piensa y que es posible establecer con bastante

seguridad y apelando a un cierto paternalismo suave y no autoritario, por lo menos siete bienes básicos que requiere la vida buena y por tanto también la economía: salud, seguridad, respeto, personalidad, armonía con la naturaleza, amistad y ocio. En tal sentido, los autores muestran al final del capítulo, apelando a datos empíricos, los problemas que se suscitan cuando el crecimiento económico deja de estar pensado en estrecha relación con la consecución de dichos bienes.

¿Cuáles serían, finalmente los rasgos de las políticas públicas para llevar adelante un tipo de crecimiento económico basado en estos conceptos? La respuesta la desarrollan los autores en el capítulo 7 y último del libro. Allí sostienen que en realidad estas ideas ya estaban presentes en cierto modo en tres grandes corrientes político-sociales del siglo XX: el catolicismo social (con su expresión más práctica en la economía social de mercado), el nuevo liberalismo británico (cuya figura central fue Keynes) y la social-democracia. De hecho, hasta principios de los años setenta estas corrientes ejercieron una notable influencia tanto en Europa como en los Estados Unidos, orientando y moderando las tendencias destructivas del capitalismo. Sin embargo, debido a la presión de la guerra fría y especialmente a la pérdida de un sentido moral, el capitalismo social y keynesiano fue perdiendo fuerza hasta recibir su golpe de gracia con la crisis energética y la caída del comunismo, los cuales llevaron a la sociedad a reemplazarlo por un tipo de capitalismo individualista y neutral a los bienes éticos y sociales básicos. De allí la necesidad, según los autores, de renovar las políticas que inspiraron aquellas tres grandes tradiciones pero poniendo nuevamente en el centro los bienes básicos arriba señalados. Esto implicaría, en su opinión, cuatro políticas públicas fundamentales: 1) el establecimiento de algún tipo de sistema de ingreso básico que incluya cambios legales en torno al régimen de horas de trabajo, 2) la reducción de la presión a consumir mediante la aplicación de nuevos esquemas impositivos, 3) la reducción de la publicidad, 4) una cierta retracción en el proceso de integración y globalización económica hasta lograr un mayor equilibrio interno y externo entre y en los países. Como

conclusión, los autores llaman a un debate abierto que no oculte los problemas de estas propuestas pero que deje de lado el falso supuesto de la necesidad de una neutralidad valorativa para la resolución de los problemas sociales que esconde siempre, en su opinión, una decisión valorativa implícitamente asumida.

El libro de los Skidelsky es un texto claro, bien escrito, dotado de esa siempre refrescante pizca de buen humor inglés, que no surge, como cabría pensar por su formato ensayístico, de una inquietud pasajera, sino de un largo estudio y una profunda meditación sobre los problemas humanos y morales de la economía. El hecho de haber sido escrito entre un gran historiador de la economía y economista experimentado como Robert Skidelsky y un filósofo al tanto de los ejes centrales de la discusión en el campo de la ética como su hijo Edward, le otorgan una robustez y una amplitud de miras de la que carecen muchos otros textos sobre el mismo tema, escritos quizás en un formato mucho más académico. Está claro, de este modo, que los autores no sólo se propusieron presentar un trabajo argumentado y bien fundado, sino sobre todo abrir la mente del lector a través de un texto orientador e inspirado, despojado de las erudiciones de los especialistas.

En relación al planteo general, sólo cabe admirar el modo en que, a partir de un texto muy citado pero quizás poco meditado de Keynes, los autores hacen emerger la pregunta central que anima y vertebrá todos los temas que se presentan en todo el resto del libro: ¿por qué a pesar del formidable crecimiento y de los avances tecnológicos de los últimos noventa años, la economía capitalista padece de un desequilibrio fundamental que se manifiesta en la no disminución de la cantidad de horas de trabajo y en la creciente necesidad de consumo? Pero lo más interesante son las respuestas que ensayan los autores, las cuales, sin dejar de lado los aspectos estructurales y políticos, apuntan al núcleo humano y moral de este desequilibrio fundamental. En esto creo que los Skidelsky dan varias veces en el blanco.

En efecto, por un lado, su tesis sobre el pacto fáustico existente en nuestra cultura,

que cree poder obtener el bien a partir de un mal conscientemente realizado, sólo es una posibilidad divina que cuando es practicada por el hombre da como resultado la normalización del mal ante una conciencia que queda completamente ya sin brújula. Esto muestra el hondo trasfondo ontológico y hasta religioso del problema moral que actualmente afecta a la sociedad y a la economía. Por otro lado, la crítica a la tesis de la neutralidad valorativa como condición *sine qua non* para cualquier discusión sobre la economía y la política, que termina por normalizar o naturalizar la situación existente sin siquiera analizar sus propios supuestos implícitos. En tercer lugar, el rechazo a la tentación de convertir problemas eminentemente éticos como el de la felicidad y el del medio ambiente en cuestiones técnicas o resolubles en términos puramente económicos o utilitaristas. En cuarto lugar, la valentía de enfrentar abiertamente las posiciones multiculturalistas y relativistas, presentando argumentos claros en favor de la existencia de bienes humanos comunes a todas las culturas.

Sin embargo, en mi opinión, el libro tiene su punto más débil en el planteo excesivamente objetivista sobre los bienes básicos que debería reconocer toda sociedad y sobre todo en el tipo de políticas públicas que, según los autores, se derivarían de ello. Si bien creo que es un gran acierto la insistencia en la

idea de que la felicidad no puede reducirse a un conjunto de preferencias subjetivas y debe considerarse también su dimensión objetiva, un énfasis excesivo en este aspecto objetivo puede hacer olvidar la responsabilidad personal y libre de la felicidad que no puede ser nunca reemplazada por la acción gubernamental o social. Si bien las políticas públicas deben estar orientadas a no impedir o incluso a fomentar la felicidad de los ciudadanos, no pueden avanzar sobre la libertad de los mismos ni siquiera en nombre de esta felicidad que se les pretende procurar. En tal sentido, los Skidelsky inspirados en mi opinión, en una concepción excesivamente romántica de la época keynesiana, utilizan el argumento de la dimensión objetiva de la felicidad para justificar en la actualidad el empleo de políticas públicas de corte neo-keynesiano que no toman suficientemente en cuenta la compleja dinámica relacional de las decisiones libres y personales en la economía. Así, al proponer implantar un nuevo tipo de estatismo paternalista o benevolente, los autores corren el riesgo de una pérdida del sentido ético de la economía que ellos mismos tan acertadamente denuncian. De este modo, este interesantísimo texto pierde hacia el final algo de la potencia intelectual que lo anima a lo largo de casi todo su recorrido.

Carlos Hoevel